

IV

SIEMBRA PROPIAMENTE DICHA

Salvo esos casos particularísimos que nunca faltan en Agricultura, podríamos decir al labrador, echando nuestro cuarto a espadas en punto a refranes: “Usa siempre sembradora, por lo bien que hace la siembra y el dinero que te ahorra”. Efectivamente, con ella, toda la semilla queda a la profundidad deseada, evitándose el alegre derroche que supone la siembra a voleo, en la cual “a priori” sabemos que aquellas semillas que quedaron muy soterradas están tan condenadas a perderse como las que resultaron muy someras. Y no sólo economiza semilla (en un 30 por 100, aproximadamente) sino que los jornales de obrero y yunta se reducen posiblemente a la mitad.

Me diréis que esas ventajas son peculiares de la máquina, y no del sistema, pero os recordaré que, aun reconociéndolas, muchos labradores han desistido de adquirirla, por creer que es incompatible su empleo con la beneficiosa labor de aricar. Si el cultivo en líneas pareadas consigue borrar ese antagonismo, las indiscutibles ventajas de la máquina podrán computarse como un tanto a favor, quedando ésta vinculada al sistema.

SEMBRADORA APROPIADA

Cualquiera de las corrientes sirve para el objeto. No obstante, se preferirán las que distribuyen el grano por cazoletas.

Son más recomendables a este fin las que van provistas de puntales u otros dispositivos que aseguren el paralelismo de las líneas, y principalmente las que, por su anchura y carencia de obstáculos fijos que se opongan al desplazamiento de los tubos, facilitan su montaje en líneas pareadas.

Cuando la tierra no es casajosa, son utilísimas las de discos, porque no se embazan y cubren el surco con más uniformidad. Sin embargo, me diréis—y con razón—que exigen mejor preparación del terreno; pero esto, que parece inconveniente, puede convertirse en ventaja, si obligan a cultivar mejor y, por lo tanto, a producir más. No hay que olvidar que el sistema es un medio de intensificación y mejora, no de abandono, del cultivo.

COMO SE PREPARA LA MAQUINA

Os decía anteriormente que, mediante un sencillo artificio, cualquier sembradora quedaba “en forma” para sembrar en líneas pareadas. Basta disponer de una llave de tuercas, un martillo y unos alicates, para aflojar los soportes que fijan las caídas del grano, correr éstas a lo largo de la barra, a la cual van sujetas, hasta que queden en posición favorable, y volver a apretar, no sin haber suprimido los tubos sobrantes. Total, unos minutos de trabajo, y si aun queremos asegurar más el paralelismo de las líneas, mirando a la estética y a la conveniencia, podemos atar los caños con alambres o disponer una tabla con escóta-

ras que eviten a las botas, en ellas alojadas, el desplazamiento lateral.

¿Qué dimensiones debemos dar a la calle y a la entrecalle? *Calle*, ya sabéis que llamamos a la tira de barbecho; es decir, a la separación entre la línea de la derecha, de un par, y la de la izquierda, del par siguiente. *Entrecalle* es la distancia entre las dos líneas de cada par.

Pues bien: el autor del método fija los límites de la primera entre 40 y 60 centímetros, y los de la segunda, entre 8 y 20 centímetros, pero aconseja que cada agricultor experimente cuál es la combinación más favorable para su caso particular, en virtud de clima, composición de terreno, variedad de planta, clase de yuntas, etc. Puntualizando más, nos dice que ensayemos 42/10, 45/12 y 50/14. Con estos números, separados por una línea inclinada, simboliza la anchura de calle y entrecalle.

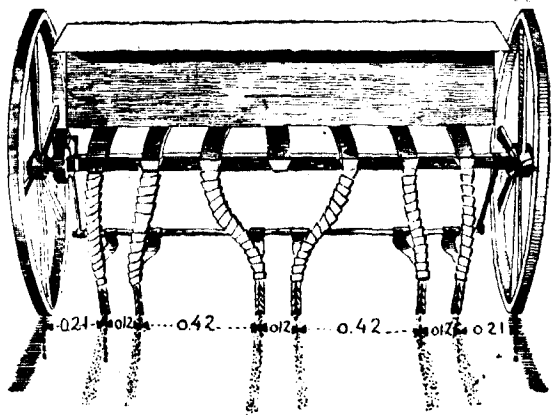
A fuerza de favorables resultados, la combinación 42/12 tiene ya cierto sabor clásico, al menos en la provincia de Valladolid. Y la misma combinación, pero con entrecalles un poco más estrechas (42/10), ha sido la preferida en varias regiones.

En general, no conviene ensanchar demasiado la entrecalle, para que las mismas plantas puedan ahogar la vegetación espontánea que surge en ella y queden debidamente aporcadadas con las binas.

La sembradora admite tres disposiciones: 1.^a Simétrica, con un número par de tubos; 2.^a Asimétrica, con tubos en número impar, y 3.^a Asimétrica, con tubos pares.

Supongamos que se trata de una máquina de siete tubos. Lo primero, naturalmente, es medir la distancia interior (sobre el suelo) de llanta a llanta, entre sus líneas medias, y repartirla, buscando un cociente exacto.

Con la primera disposición, se suprime el tubo central y queda, junto a cada rueda, una media



Media calle a cada lado: he aquí la disposición más recomendable de la sembradora.

calle. Basta llevar la rueda, en la pasada siguiente, por la rodera anterior, para completar esa media calle, y se siembra, en cada vez, toda la anchura.

La segunda disposición, se logra de dos maneras: a) Quitando los tubos tercero y sexto y dejando junto a una rueda media calle, y junto a la otra, media entrecalle. Basta volver por la rodera,

como en el caso anterior, para completar la calle o la entrecalle, sembrándose también toda la anchura.

La variante *b)* consiste en dejar media calle a un extremo y una entrecalle al otro. En este caso, en las vueltas, si se pasa la rueda por la rodiera de la media calle, se completará ésta, y otras ve-



Sembradora preparada, dejando a un lado media calle y al otro una calle completa.

ces habrá que pasarla por el último cordoncillo sembrado, solapándose la entrecalle, y, por tanto, la anchura efectivamente sembrada será la total menos media entrecalle, por pasar dos veces la máquina sobre ésta.

En algunos casos, se debe adoptar la tercera disposición: por ejemplo, cuando por la mucha broza no conviene que la reja quede tan cerca de la rueda. Entonces, quitando los tubos 1.^o, 3.^o y 5.^o, se deja a un lado media calle y, al otro, una calle completa. Se procede análogamente al caso anterior y se siembra la anchura total menos media calle, por el solapamiento.

Con sembradora de nueve rejas pueden hacerse combinaciones parecidas, que, al igual que las anteriores, se hubieran explicado mejor sobre gráficos y láminas.

La disposición ideal es la simétrica con media calle a un lado y otra media a otro. Así se aprovecha toda la anchura de la máquina y basta llevar siempre la rueda sobre la rodera anterior para completar las calles. Benaiges suele cambiar el eje de las sembradoras, dándoles la anchura óptima, y con esa reparación sencilla, queda la máquina en perfectas condiciones para la siembra.

COMO SE REGULA LA SEMBRADORA

Es frecuente que el labrador tarde en adquirir una máquina y, una vez adquirida, como si se creyese incapaz de un nuevo esfuerzo, la emplee siempre tal y como las primeras veces, sin hacer uso de los diferentes mecanismos de regulación.

Debemos huir de esta perniciosa costumbre, pues a tanto equivaldría tener el reloj atrasado y, por pereza, no ponerle en hora. Concretamente, no debemos tomar en cuenta en absoluto las indica-

ciones de la casa constructora y regularemos la máquina para que siembre la cantidad que nos acomode, teniendo presente que en la cosecha futura, y hasta para la marcha del negocio, no es indiferente sembrar con más o menos kilos.

Hay una regulación que podríamos llamar *casera* y otra *campestre*. Es preferible ésta, pero ya nos contentaríamos con que se hiciese siempre la anterior.

La llamo yo casera—bajo mi responsabilidad—porque tiene efecto en el patio de la casa de labor y es más sencilla. Se empieza por medir con una cinta métrica, o simplemente con una cuerda y un metro, el contorno de la rueda. Este número, expresado *en metros*, se multiplica por la anchura, también en metros, de la faja sembrada (que puede, en virtud de lo anterior, coincidir o no con la distancia entre llantas). Obtenemos así lo que Benaiges llama el *número característico* de la máquina.

Multiplíquese ahora este número por los kilogramos que deseen sembrarse *por hectárea*, y tendremos *los gramos* que deben caer en una manta, colocada en el suelo bajo la sembradora, cuando se dan *diez vueltas* a una de las ruedas, mantenida en alto por medio de una cabria o un tablón, mientras la otra apoya en el suelo. Procediendo así, se recoge el grano y se pesa. Si el peso no es el buscado, se da un punto más o menos al regulador y se opera de nuevo.

Deben tomarse ciertas precauciones. La 1.^a, poner una cinta o señal a un radio, para contar bien

las vueltas; 2.^a, contar, en vez de diez, cincuenta o cien vueltas, en cuyo caso la cantidad recogida debe ser cinco o diez veces mayor, eliminándose así errores; 3.^a, mover la rueda despacio, imitando lo que será en la parcela la velocidad de régimen; 4.^a, mediar de grano la tolva.

No se crea que la operación es exacta, porque, por mucho cuidado que se ponga, no es lo mismo manejar la máquina estáticamente, es decir, parada, que en pleno dinamismo, con los obstáculos que a la marcha oponen las desigualdades del terreno.

Mayor aproximación se obtiene sin duda haciendo la regulación en la propia finca, dotando a cada caño, en la salida, de un saquito, en el cual se irá depositando la semilla. Se embraga la máquina y, después de recorrer una distancia previamente medida, se recoge el contenido de los sacos, se mezcla y pesa, variándose el dispositivo —si ha lugar—y repitiéndose la operación hasta lograr su regulación correcta. Hecho esto, se colocan de nuevo los tubos y se empieza la siembra acto seguido.

CANTIDAD DE SEMILLA

Es variable; depende del poder germinativo del grano, del tamaño, de la fertilidad de la tierra, de la época, del espaciamiento, etc. No debemos incurrir en la funesta costumbre de sembrar los mismos kilogramos todos los años y en todas las tierras.

Con la combinación 42/12, si se siembra pronto, se pueden gastar 80 kilogramos por hectárea. Si se retrasa bastante la operación, 90 y aun 100 kilogramos.

En tierras fértiles, bastan 60 kilogramos, con el espaciamiento 50/12.

El *record* ha sido 40 kilogramos, en especialísimas circunstancias. En general, no conviene extremar la reducción, porque, huyendo de los peligros de la sequía, puede caerse en los no menos graves de la falta de ahijamiento.

Hablamos siempre de semilla desinfectada en seco; si hubiera sido sulfatada, tendríamos en cuenta el aumento que esta preparación supone.

Requieren más semilla: las tierras pobres (porque hay en ellas poco ahijamiento), las siembras retrasadas y aquellas que sólo se binan en primavera.

No deben extrañarnos las cantidades citadas anteriormente, en comparación con las sembradas a junto, pues no hay que olvidar que, si bien se necesitan menos kilogramos, también es cierto que hay menos salidas para el grano.

En el caso de no querer molestarnos en fijar de antemano la cifra, podemos empíricamente salir del paso dando un punto más que para la siembra a junto; o reduciendo los kilogramos que ésta exige en un 10 por 100, o la cantidad que se lleve la siembra a voleo en un 30 por 100.

Indudablemente, lo mejor es que, tanteando, cada agricultor llegue a fijar la cifra de kilogramos de simiente más adecuada a su finca. Para ini-

ciar estos tanteos, ha de fijarse en que lo que no va en esmero va en semilla, y tener presentes dos consideraciones que, al parecer, son contradictorias:

Por un lado, conviene quedarse corto, porque en años secos—que aquí son los más—la siembra rala se defiende mejor.

Por otra parte, si la semilla empleada resulta excesiva, podemos, gradeando enérgicamente, castigar la siembra y corregir el defecto. En cambio, si peca de escasa, no tiene arreglo la torpeza.

La solución ideal parece ser para el trigo la que proporcione 40 semillas por metro lineal de siembra. Fácil es calcular los granos que entran en un kilogramo; suponiendo que fuesen 20.000, tendríamos que sólo por esta consideración necesitaremos 80, 62 y 55 kilogramos para siembras de 40/10, 50/12 y 60/15. Pero insistimos en que esto son normas que da el autor para facilitar los primeros ensayos. Después, lo preferible es observar y adaptar la norma al terreno.

En el caso, poco frecuente, de calles de un metro, podríamos ampliar a 50 los 40 granos antedichos, y, naturalmente, si hay mucha frondosidad de planta y poco grano, es indicio de que debe rebajarse la cantidad de semilla en años sucesivos, sin olvidar que “a mayor separación, mucha paja en proporción”.

EPOCA DE SIEMBRA

Con frecuencia recuerda Benaiges en sus trabajos el refrán pintoresco de que “Por San Francis-

co (4 de octubre) siembra tu trigo, que la vieja que lo decía, ya sembrado lo tenía".

Si para entonces no se logró sembrar, se hará la operación todo lo antes que consientan y aconsejen las circunstancias locales. No olvidemos que la preparación deficiente puede subsanarse con labores posteriores e, incluso, cabe repartir el abono mineral con las primeras binas.

ORIENTACION DE LAS LINEAS

Conviene que sea NS., para que así se soleen las plantas por igual, pues si no, puede atacar la roya en las partes sombrías.

Ha de conciliarse esta indicación con la dirección dominante de los vientos, que no deben batir a la siembra, sino filtrarse suavemente por las calles.

MODO DE SEMBRAR

Es conveniente, pero no absolutamente necesario, que vayan con la máquina dos obreros: uno, cuidando del ganado y otro, vigilando la salida de la semilla. Este segundo, bien puede ser un chico.

Se procurará que las líneas queden rectas y paralelas, lo cual se consigue mirando a un punto lejano y marchando un poco más lentamente de lo usual. En la Granja de Valladolid hay un mulero de Laguna que es un verdadero artista.

Tres metros antes de llegar a la linde, se pa-

rará la sembradora, sembrándose luego los “cabe-
ceros” en sentido contrario.

Después de efectuar la siembra, si no llueve en
seguida, se debe pasar el rodillo para facilitar el
nacimiento.

V

LA BINADORA Y LAS BINAS

Es enteramente ocioso advertir que la siembra,
ejecutada con la traza que oportunamente se des-
cribió, no tiene nada de caprichosa, sino que es
sencillamente un medio ordenado a su fin propio,
el cual no es otro que permitir un laboreo frecuen-
te de las calles valiéndose de una máquina espe-
cial, llamada Binadora Benaiges, que presta tam-
bién utilísimos servicios en remolacha, maíz, pa-
tatas, etc.

Así como para sembradora dijimos que servía
cualquiera de las corrientes, para binar se vió en
seguida la necesidad de construir un aparato “ad
hoc”, pues los cultivadores existentes presentaban
muchas desventajas. No valdría la pena de insistir
en cuál fueran éstas, de no darse la circunstancia
de estar algunos labradores tan aferrados al poli-
surco o al Planet, que con su torpe uso llegan a
malograr siembras en líneas pareadas practicadas
bajo los mejores auspicios.

¿Cuáles son entonces los principales inconve-